

EL HOMBRE: PASION INUTIL *

Pedro Nel Martínez Gallego

La pasión divina de ser hombre y la humana de ser Dios: son el mismo y único proceso de la libertad inútil, que elige lo que no es sin posibilidad de alcanzarlo ni al servicio de fines últimos.

En categorías de poder sus grandes manifestaciones se rotulan como fracaso marginal en el camino de la historia; pese a lo cual ésta insiste en avanzar por el contrasentido de la inutilidad, como aventura de libertad.

La teología occidental ha distinguido hasta separar y contraponer destructivamente lo que realmente es uno, el movimiento hacia la libertad: según se considere a partir de Dios o como iniciativa del hombre. No comparto este dualismo y abogaré por suprimirlo aún como instrumento conceptual. Sin embargo, lo utilizo ahora como medio de hacer claridad y siempre con la intención de alumbrar la real unidad de aquel impulso, intervenido históricamente por su enemigo común, el poder y la ignorancia.

1o. DESDE DIOS

En el ambiente de la revelación admitida como diferente del proceso humano, la antigua alianza es promesa y la nueva, realización de la libertad.

El Dios hebreo que se declara distinto, único y exclusivo, que no admite imágenes fabricadas, sensibles ni mentales de sí mismo, ni gusta siquiera de ser nombrado: culmina su mensaje verbal en esta frase: "Yo soy el que Soy". Es decir, personaliza lo más tangible y lo más íntimo, la superficie y el centro, lo primero y lo último de la realidad: "EXISTIR".

En Cristo se revela totalmente la gran noticia. La existencia radical asume dentro de su unidad al hombre, con todo el universo que él congrega y del cual emerge. Intimidad y apariencia de la realidad son uno. "Ego et Pater unum sumus". Encontrar esa unidad es vivir eternamente.

La vida de Cristo y lo que afirma contradicen la mentalidad circundante. La lucha primitiva de sobrevivir en medio inhóspito se ha proyectado en el deseo de la Omnipotencia. Allende la debilidad humana existe un poder infinito, que ha prometido saltar el abismo desde su cielo lejano, para someter la tierra a favor de un pueblo. Pero Cristo ni nace, ni vive, ni muere siquiera como superhombre. El proletario se proclama Dios sin otro signo que la libertad de anunciarlo. Como no exhibe poder ni aporta dinero, civilmente se le viste de loco y religiosa-

* Conferencia dictada el 1o. de Octubre de 1975 con ocasión de la 13a. Semana Bíblica.

mente se le acusa de blasfemo. El diagnóstico actual sería de ateo paranoico, inofensivo social si no habla demasiado ni convulsiona las masas.

Cuando el poder se propuso reglamentar a Dios y dominar en su nombre, se declaró oficialmente concluida la revelación divina en Jesucristo y sus testigos oculares, salva concesión en favor de Pablo y a pesar de sus doctrinas oscuras, como eso de "vivo yo, ya no yo, sino Cristo en mí". Las cuales y otras semejantes no habrían de entenderse literalmente, ni para ser dichas por cualquier hombre. Ilustraría observar que la historia humana resultó también oficialmente dividida en antes y después de Cristo, como si a ella sólo correspondiera esperarlo y recordarlo, mas no presenciarlo y menos realizarlo. Aquella vida fue un paréntesis milagroso, hecho irrepetible sobrenatural, escapado de la serie. Ahora y aquí nos incumbe la esperanza de llegar a verlo en su estado celeste, más allá del mundo.

Jesús convertido en el mito de la creencia religiosa, fue absuelto de blasfemia y reconciliado con el poder. Se interpretó como la máxima expresión de poder infinito con derecho propio al dominio absoluto. Para su ejercicio en la tierra y en ausencia del titular se instauró la monarquía soberana, administradora exclusiva de la realidad sobrenatural. Ligó la palabra al sentido favorable de su autoridad; formuló el misterio y certificó el milagro. La cristiandad alejó para vida futura y ultraterrestre, lo que podía llegar a ser el cristianismo. La vivencia de Cristo en el ahora y el aquí del único mundo.

El Imperio civil mató primitivos cristianos, bajo acusación de ateísmo, que amenazaba la aureola divina de sus títulos. Cuando aquél y éstos fueron sustituidos religiosamente también entonces sale de sus reinos el hombre que se siente Dios y en sus contornos se vuelve satánico el grito de la libertad. Sin embargo, éste se dió y su victoria sobre todo poder va siendo el gran rescate de CRISTO. En el silencio de Dios ésta ha sido la lucha del hombre.

2o. A PARTIR DEL HOMBRE

La marcha humana hacia la libertad, vamos a ilustrarla desde la filosofía, como expresión de vivencias autónomas profundas, que saturan la masa hasta la explosión de hechos en la historia.

Ella no es caso aislado irrepetible. Tampoco agregado de momentos individuales, cumbres, discontinuos. La continuidad es patente. Cada filósofo repiensa cuestiones fundamentales, a las cuales no se han dado conceptualmente respuestas últimas. Si alguna vez la filosofía sirvió a fórmulas inflexibles y ella misma tuvo sus pretensiones dogmáticas, volvió por el camino de la autonomía a tomar de nuevo la vanguardia cultural.

La esclava de algunos siglos precede hoy a la que fue su reina, porque

llegó primero y sin posturas apologéticas a los campos del fenómeno ganado por la ciencia. La perennidad filosófica es vital más que conceptual.

En sus autores óptimos, la metafísica es simbolismo de una intuición central, a la cual hay que remontarse cuando se quiere valorar cualquier interpretación siguiente. A veces varias generaciones de pensadores exploran sobre el mismo hallazgo, adheridos indiscutiblemente a un principio.

La filosofía griega giró toda sobre la visión de Parménides. Nunca se apartó de ella, incluso Aristóteles. La "sustancia primera" de éste, era el ser eleático forzado a convenir con el testimonio de los sentidos gratuitamente aceptado. La intuición de sustancia gobierna la reflexión occidental hasta Espinoza, que la remonta de nuevo al origen monista de su antecedente griego.

Correspondió al empirismo inglés, receptor moderno de una experiencia ya científica, desplazar la categoría de sustancia. Y a partir del realismo ingenuo superado, Kant plantea las líneas futuras de la filosofía, hacia el desplazamiento definitivo de la "cosa en sí".

Fue uno de los momentos cruciales que reclamaban el retorno a la fuente. La filosofía se vuelve a los presocráticos. Tal vez Parménides y Heráclito no debieron interpretarse como antípodas por Aristóteles, obligados a excluirse mutuamente. Sin modificar la visión íntima del Ser, cómo obligarlo a explicar la realidad aparente que él negaba? Y si esta última no es como el sentido la presenta, fue legítimo forzar la metafísica a salvar las apariencias ingenuas? Creo que Hegel se movió en el sentido de estos interrogantes, aunque no los formulara explícitos. Hoy cabría preguntar contra toda la interpretación centenaria, si el "individuo" Aristotélico podría mantenerse sólo como descripción funcional en la totalidad compacta del universo.

Entre el ser y la nada la metafísica vuelve a la realidad total, única, sin comienzo, autosuficiente, exclusiva de cualquier otro, a partir de cero o puesto afuera; pero ya no quieta, sino dinámica, dialéctica, en expansión galáctica, divergente y convergente, sin quebrar su profunda identidad vital de síntesis.

Esta superación histórica de los dualismos y atomismos metafísicos. Este reencuentro al parecer definitivo con el monismo; llámese del espíritu en su origen; vuélvase materialista en segunda generación y reivíndiquese como neutral ahora por la ciencia; No podría suceder sin intensa conmoción humana en sus raíces culturales. Toda la instalación social se sacudía en sus propios fundamentos.

La posición de Parménides había revolucionado al mundo griego todavía sin seculares tradiciones, y puso a girar alrededor toda la constelación de sus grandes pensadores, para tratar de salvar la realidad sensible del cambio y la multiplicidad . . . Las dimensiones de una revolución semejante aumentaron en la época moderna, de la cual somos herederos

tarados de angustia. Ahora se trataba de salvar la realidad del hombre mismo, privado entonces de su individualidad sustancial y reducido al instante de un proceso. Sucedió esto en el mundo de Occidente, cuyas dos ciudades, la temporal y la eterna, se habían fundado sobre el supuesto y valor del individuo humano, propietario como persona de su existencia singular, exclusiva, inalienable. El proceso de tal valoración había llegado hasta la revolución copernicana, que llamó Kant con aquiescencia unánime. La ciencia promisorio, la técnica industrial, la economía naciente y el estado político se acababan de revolucionar con el entusiasmo individualista, cuando apareció una metafísica a suprimir la conquista de muchos siglos, identificada con la causa de la libertad.

Agrava la situación el Poder que se apresura a revivir totalitarismos justificados en la unitaria visión del mundo. En esta derrota del hombre, el imperio de todos los matices cree salvarlo como función del Estado, con derechos científicos a constituirse único. Surgió remozada en múltiples formas la religión política. El Hombre más civilizado del siglo XX, vivió dentro de una generación el cataclismo de dos guerras: donde mueren como ratas los hombres del otro lado y se utilizan como instrumento desechable los de la propia orilla.

El poder constituido en fuerza se declara superior y dueño de aquella sombra y recuerdo que llamaban "individuo". Dignidad humana se volvió el término peor gastado del repertorio antiguo. Cuando la persona perdió consistencia metafísica, volvió a evocar por su etimología las máscaras del teatro viejo.

En este clima de frustración total, nació la intuición contemporánea del existencialismo, que llegó hasta nosotros con escándalos caseros de nadaísmo. Liberarse del concepto, saltar establecimientos, sacudir el sopor del bienestar, cancelar ideales, renunciar a la esperanza y afrontar la realidad del hombre en su valor auténtico, si acaso lo tiene. Hallarse como angustia, como absurdo, como inútil, para la muerte; pero vivir a conciencia, responsablemente. Otra vez ante el SER y la NADA, ahora con Jean Paul Sartre, para decidirse vitalmente. El hombre existencial es nuevo. Su novedad es nacer y morir en cada menos de un instante. Tiene que darse hasta su propia individualidad, como un relámpago en la inmensidad. Se hace persona él mismo en la libertad de su elección intemporal. No le dan su esencia, la adquiere. Se consume y consume en la decisión imposible de existir por su propia cuenta: de ser Dios.

3o. LA VIVENCIA CRISTICA

La iniciativa que llaman de Dios y la historia del hombre occidental revelan el anverso y reverso de la misma pasión inútil: el otro. Inútil porque es imposible: creación absurda de una conciencia, que introduce la nada y quiere poblarla.

La intuición existencial nos hace retomar el problema metafísico

antes de todo concepto, sobre el dato primario de la realidad, inmediato a la vivencia, invitación al silencio emocionado de un éxtasis. El existir no tiene comienzo, ni puede multiplicarse, dividirlo es aniquilarlo.

Aristóteles no refutó a Parménides, él, que halló argumentos contra Heráclito y Platón, aceptó el concepto eleático adaptándolo a la primera sensación ingenuamente realística de los seres múltiples. Sin embargo, al final de su metafísica declara que todos estos son en función de la única existencia: lo cual agregado a la unicidad de su materia prima, nos devuelve a la interpretación monística del origen eleático. Habría lugar para entender que los individuos son descripciones lógicas y funcionales de la única realidad existente. También hoy los átomos científicos son símbolos de fenómenos diversos experimentables, pero no corpúsculos aislados en el mundo de la materia.

La definición aristotélica de individuo no puede realizarse concretamente a no ser que la apliquemos a la totalidad del universo y sustituyamos el otro por la nada.

Indiviso en sí y separado de cualquier otro, definiría en el orden de la existencia la totalidad única frente a la nada. Entre existir y no existir es absurdo pensar el intermedio. Dentro de la unidad se pueden hacer distinciones y hasta medir distancias, pero nunca hacer separaciones.

La mente humana tiende a separar lo que distingue. El sentido le entrega una colección de cosas y se resiste a la unidad de la intuición profunda.

La visión científica de la realidad no es popular. Contradice la mentalidad cosista de las mayorías que sólo entienden lo que halaga sus creencias. El poder que quiera conducirlos, tiene que interpretar y seleccionar la verdad a la medida de su gusto. Como el doble mundo de Platón confirma el cielo y la tierra en favor de la corriente religiosa, convienen a toda política los individuos aislados que necesitan de la autoridad para reunirse y auxilios de poder infinito para salvarse. Cristo mismo será razonado en términos de dos naturalezas, como el milagro de unir dos cosas y para salvación sobrenatural de existencias singulares.

La fé al alcance de los fieles estableció lo que no se habían planteado ni hallado los filósofos: el salto de no ser al ser y el poder infinito que lo causara, en interpretación mitológica de la creación bíblica. El existir pudo entonces ser dividido en tantos cuantos individuos, parcelado en propiedades singulares, como el alma de las cosas. La fé en la creación así explicada inspiró la reflexión de aquellos siglos repetidos en que la filosofía sirvió a la teología como apología del poder dogmático. Edades en que se usaba la razón para justificar lo que una autoridad había ya determinado.

Cuando Descartes en el siglo XVI intentó razonar independientemente de la fé y la tradición, intuyó que el individuo sustancial traído al orden de la existencia volvía por la unicidad divina. "Sustancia, dijo, es aquello que no necesita de otro para existir". Sin embargo, el peregrino

de Nuestra Señora quería salvarse dentro de la Iglesia, con la fé de sus maestros y fué llevado al dualismo por la presión religiosa. Otra vez la fé guiaba la razón. Había que afirmar frente a Dios la realidad separada del mundo y en éste la independencia del espíritu con relación al cuerpo. El monismo contenido en su primera formulación fue corregido con la separación entre Creador y creatura, mantenida claro está la dependencia de la última. También el mundo fué dividido en pensamiento y extensión, porque se quería mantener la dignidad del primero y la realidad de ambos.

Sabemos las dificultades de Descartes para entender ya que no la unidad, al menos la interacción mutua de dos sustancias en el hombre. Si se habla de crisis en la cultura moderna, allí fueron echadas las raíces. Constituir la realidad por su independencia, es declarar imposible la unidad y cualquier comunicación, a no ser que en un poder infinito sea posible e intervenga desde afuera.

Espinoza vive la misma intuición primaria de sustancia, pero asume las consecuencias de su razón autónoma. Lo arrojan de la Sinagoga y habla fuera de la ortodoxia. Suprimir dualismos es desafiar concepciones ancestrales religiosas y despojar al poder de su título divino y eterno.

Espinoza revive a Parménides. Hegel lo continúa integrándole a Heráclito. La realidad vuelve a ser única, síntesis de contrarios, dinámica hasta la evolución creadora de Bergson. Parece que definitivamente la mentalidad moderna superó el dualismo metafísico y hasta la ideología religiosa fundada en él ha venido desapareciendo. Teólogos aceptan que su Dios ha muerto.

Ni Dios es Dios, ni yo soy yo. Pero en esta proximidad de la nada percibo la felicidad del todo. Me asume la eternidad en su plenitud. No espero ni pido: me basta menos de un segundo con toda la emoción de su intensidad. Todo es existir y su vibración de múltiples formas en la unidad. Si la biblia revela la existencia y el amor, la libertad cayó otra vez en la vivencia Crística. Así llegan a coincidir los dos caminos que convinimos en diferenciar por método, pero que la realidad histórica demuestra como uno.

La libertad moderna revive el ateísmo de Cristo. Vuelven a escuchar sus blasfemias y a percibir su locura los imperios y pontífices. "El hombre es Dios para el hombre" desde Feuerbach rasga de nuevo las vestiduras del fariseísmo. Cristo no es el mito, ni el milagro, ni la excepción. Es la realidad única y palpable, superficial y profunda. Todo es cuerpo y sangre divina: Todo se bautiza de inmersión en la existencia. Vivir intensamente es confirmarse en la elección libre de la misma y amar es abrazarse en la unidad ilfmite. La parusía viene con el escándalo sublime de la sencillez. Tiene el rostro de la paz y una grandeza sin atavíos. Camina como el cruce de infinitos en espacio y tiempo con pasión de absoluto. Es actitud vital de amor y fraternidad. Conoce el

entusiasmo sobresaliente de la eficacia y el esfuerzo anónimo en la construcción del mundo.

La filosofía actual no ha dado ni quiere dar nuevas ideologías, no será súbdita servil de ningún imperio, quiere la vida a nivel de ella misma. Nietzsche inspiró la postura del superhombre anticristo y fue instrumento al servicio del caudillismo, para producir el colapso definitivo de occidente como civilización del poder. En ese Apocalipsis trágico concluyó otra cultura milenaria. La autenticidad humana ya no podrá expresarse en ambición de dominio ni en ejercicio del mismo. La tierra no los produce, como tampoco llegan del cielo, Mesías esperados.

El juicio del poder se había dado ya como categoría temporal de servicio. El que dirige no es dominante ni a título delegado del Señor a distancia, que no existe. Su legitimidad no está en mandar, ni en la coacción y menos en conquistar, sino en coordinar desde adentro los impulsos internos del Ser hacia la libertad. El filósofo de hoy no es útil a los poderes de dominio, ni a la rebeldía que quiere sustituirlos. Su penetración en la ideología religiosa contribuyó a la biblia sin mitos y a la teología sin Dios, para hablar de liberación; pero ya no gana prebendas en apologías de autoridad. Civilmente también ha renunciado a mecenazgos. Sobre la fuerza que apoya imperios, levanta la palabra superior a las bombas en función de la libertad.

Y la libertad es inútil. Inútil porque no es instrumento de nadie para nada. Ella es el fin y no el medio. Pero inútil también, porque es contradictoria y ambigua: entre sumisa y rebelde, entre real y fantasma.

Elección entre dos alternativas, de cuyos términos uno es cero. La eternidad en segundo; la plenitud vestida de nada. Se cumple aquí el deseo de más allá. Sucede ahora como futuro. Es antes de pensarla: cuando se nombra ya es recuerdo aprisionante y es ilusión cuando se anuncia. Se la puede vivir en cadenas o como sobrante de la fortuna. Si se retiene se la pierde; si se pierde se la gana. **IMPULSO A TRASCENDER DONDE** no hay otro; apertura infinita a puerta cerrada. Intimidación solitaria en la multitud. Experiencia no verificable. Sabiduría de llevarlo todo consigo y locura divina de hacerse hombre y humana de volverse Dios. Mito y realidad. Si me aceptáis un nombre: la llamo **CRISTO**.